



te presento?

Palimpsesto

Tununa Mercado, la extimidad de la autobiografía

Marcelo Casarin

Docente e investigador del Centro de Estudios
Avanzados.

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

*Yo pulso las teclas y digo yo sobre la línea,
pero casi instantáneamente ese yo es otra...*

Tununa Mercado

Una autora de Córdoba

Hay una tradición incipiente que se empeña en hablar de *literatura de Córdoba*. Veamos, por caso, lo que se lee en la solapa de un valioso libro compuesto por Armando Zárate, titulado *Memorial poético de Córdoba*: “Desde los albores de su fundación, Córdoba reunió aventura y poesía en la figura de Rosas de Oquendo, cuya sátira de la empresa conquistadora retenía en sus alforjas de soldado. Pero realmente el primer poeta criollo del Río de la Plata fue Luis de Tejeda y Guzmán, al que siguieron toda una galería de figuras ejemplares como Cristóbal de Sandoval o Juan Antonio Miralla, María Eugenia Echenique, Lugones, Capdevilla, Ataliva Herrera, Brandán Caraffa, Azor Grimaut, Julio Días Usandivaras, Sosa López, Revol, entre otros, hasta alcanzar la silueta encendida del malogrado Romilio Ribero”. (Zárate, 2000)

Esta presentación pone en juego un problema: la posibilidad de existencia de una literatura de Córdoba. ¿Qué es necesario para que exista una literatura? En primer lugar, un conjunto de autores que a través de los años hayan cimentado una obra individual que pueda confrontarse sincrónica y diacrónicamente con la de otros autores; esto

parece indicar, entonces, que una literatura requiere de una inscripción en la historia, es decir, del tiempo y las épocas que obran como marcos para que las literaturas existan.

A los escritores que menciona la solapa del libro de Zárate, puede sumársele un conjunto muy amplio de nombres, algunos cuya resonancia ha trascendido las fronteras estrictamente ciudadanas y provinciales: Enrique Anderson Imbert, Juan Filloy, Héctor Bianchiotti, Abel Posse, Perla Sued, Cristina Bajo, Lilia Lardone, María Teresa Andrueto, Susana Romano, Antonio Oviedo, el propio Armando Zárate o Martín Sosa, por nombrar aquellos cuya partida de nacimiento los dice naturales de Córdoba. Sin embargo, en más de uno de estos casos, la condición de *cordobés* parece poco menos que accidental: no dice nada o no aporta datos definitivos al crítico o al historiador literario.

Para complicar un poco el panorama, hay un buen número de aclimatados o naturalizados, por decirlo de algún modo, a los que es difícil soslayar cuando se trata de hacer nombres de autores vinculados a la tradición cordobesa. Daniel Moyano es un caso paradigmático: aunque nació en Buenos Aires en 1930, vivió entre 1960 y 1992 (año de su muerte) entre La Rioja y Madrid, pasó su infancia y juventud en Córdoba, donde se formó intelectualmente; Córdoba, además, dejó una marca indeleble en su voz: su característica tonada, y una recurrente apelación a la oralidad que aparece en su escritura y que quizá pueda adscribirse a la tradición de la narración oral cordobesa.

Algunos otros casos son también dignos de atención: Jorge W. Ábalos, Juan Coletti, Juan Larrea, Manuel Mujica Láinez, Andrés Rivera, son autores que alguna vez decidieron establecerse en Córdoba y continuar desde aquí su obra. El caso más notable de todos estos es quizá el de Pablo Neruda, cuya efímera estancia cordobesa (entre 1955 y 1956, y en Villa del Totoral, más precisamente), quedó registrada al menos en dos poemas (“Oda a las tormentas de Córdoba” y “Oda al algarrrobo muerto”), lo que ha sido razón suficiente para más de un antólogo para incluir como poeta *de Córdoba* a este chileno cosmopolita y universal.

Lugar de nacimiento, lugar de afincamiento o tránsito, más la ciudad convertida en referente de algunos textos, son los criterios que permiten a algunos críticos y antólogos hablar de *autores de Córdoba* y, por extensión, de *literatura de Córdoba*. Curiosamente, no abundan antecedentes que registren esfuerzos por determinar la existencia de literaturas ciudadanas o provincianas: sin duda el caso de Córdoba es testimonio de una tozudez mediterránea siempre vigente.

Me propongo en este comentario dar cuenta de una obra, de una autora cordobesa: Tununa Mercado, ausente sin aviso en buena parte de las antologías y de las cartografías que pretenden relevar la producción escrita –narrativa o poética– de Córdoba. Esta ausencia pone de relieve de entrada la condición marginal de esta escritora, paradójicamente muy valorada y reconocida en ciertos círculos de iniciados entusiastas. La propia autora revela en uno de sus textos, un modo de pensar *lo cordobés* en su escritura:

Córdoba no es una marca ni una impresión grabada en la memoria, ni un sello de origen que se extingue por tensión de la piel: es mi configuración, es decir, mi lengua. (Mercado, 2003: 213)

Los exilios de Mercado

Un lugar común recuerda que *un escritor es siempre un exiliado*, porque necesariamente vive al margen de una sociedad, haciendo “eso”; porque su territorio, la lengua, lo desaloja, lo exila. Debe crear en su lengua materna, una lengua extranjera. Además, buena parte de la literatura argentina con mayúscula es hija del exilio: Echeverría, Hernández, Sarmiento, Cortázar, Bianchiotti, Saer...

Mercado nació en Córdoba en 1939 y desde entonces ha trasegado un dilatado itinerario de exilios: México, Francia y Buenos Aires, son los escenarios alternativos de esta escritora que, sin embargo, recupera de manera recurrente una memoria, a partir de la reconstrucción de un personaje que deja ver las huellas de su propia infancia, adolescencia y primera juventud en la ciudad de su nacimiento. El exilio es un tópico que aparece y reaparece en su escritura.

¿Cómo es el exilio de Tununa Mercado? Es un exilio que se manifiesta, no sólo en lo anecdótico y en las circunstancias que rodean un porción importante de sus relatos que, como en un diario de viaje, dan cuenta de derroteros exóticos y diversos. Además, el exilio como condición de producción reenvía la narración al pasado, y recupera una Córdoba de la infancia, como en *La madriguera*, un territorio perdido en el espacio y en el tiempo; y a la vez que recobra una voz y una lengua (materna), convierte esos episodios relatados en un registro de la memoria; es decir, en un registro peculiar de los hechos que rodean la vida de una niña en inicio de los años cuarenta, en Córdoba, y que adquiere de pronto una dimensión que trasciende lo individual y se vuelve “asunto de todos”. Además, la experiencia íntima y familiar que recogen los relatos de Tununa Mercado, la autobiografía,

son envueltos por la escritura de modo tal que se ficcionalizan, es decir, que se vuelven experiencia dada a la lectura, experiencia para el otro.

Autobiografía

Quién es Tununa, ese nombre que retumba en las ficciones de Mercado, quién es ese yo que se despliega en otros, que llama al lector a una lectura activa, que incita, que revela y rebela y llama a la rebelión de la inteligencia, a la revelación de la sensibilidad:

La niña que era yo entonces, o mejor dicho la niña que ahora creo haber sido, o mejor dicho la niña que hago desde este yo que soy ahora... (Mercado, 1996: 44).

La marca autobiográfica, el yo de la enunciación de sus textos, la dimensión autodiegética de la anécdota (intensamente) vivida por el narrador, son más que un recurso de verosimilización que envuelve al lector para hacerle saber que eso que se cuenta ocurrió o podría haber ocurrido: la dimensión autobiográfica (esa que hace de narrador-autor-personaje una única entidad), al mismo tiempo que certifica la veracidad de los hechos genera una atmósfera de complicidad cercana al secreto o, mejor dicho, a la confidencia; pero también parece revelar una condición de posibilidad de esta escritura: la ficción es una brecha sutil entre los sucesos y su testimonio verbal. El estatuto ficcional de estos relatos del yo adviene por un proceso de extimización: la transfiguración de los acontecimientos familiares que se vuelven extraños.

Extimidad

Para comprender el modo en que Tununa Mercado trabaja con los materiales narrativos, hay que pensar en su escritura como un proceso que comienza con los ojos reflejados en la página en blanco y la ignorancia absoluta de lo que vendrá. Cuando la mano (o el instrumento) punza la blancura de la página (o la pantalla), se desencadena el mecanismo de la escritura y la sujeto comienza a vislumbrar una textura familiar, un algo que reconoce: ese algo se define en la intersección de esa forma (urdimbre) que es la lengua (materna, y por lo tanto íntima) y un contenido (trama) que es la historia, una historia que la sujeto reconoce como propia (vivienda o imaginada). Entonces, los sucesos que se traman nacen de la historia de quien pulsa el instrumento y la va conociendo en la medida en que se despliega sobre el blanco.

Luego, al tiempo (en el tiempo), la sujeto vuelve sobre lo que dejó (lo que desplegó en la página) y que ya no es una superficie informe, o una simple reunión de partes, sino un dibujo, una superficie textual que reconoce a medias: “esto no lo escribí yo...” Entonces, la antes Autora es ahora Lectora y se dice que hay algo siniestro, ominoso y, hasta cierto punto, ajeno: los hallazgos de la lengua (ahora segunda, casi extranjera) y los trazos de la historia (ese relato peculiar). Pero cuando lee, corrige, tacha y reescribe, esa Lectora/Autora recupera en parte la familiaridad de esa textura y se reconoce en lo escrito, a medias: ese texto es éxtimo. Es decir muestra en envés de la anécdota vivida por el sí mismo y se ofrece al Otro.

La escritura y el género

Para Tununa Mercado escribir es un verbo intransitivo:

La escritora cuyos avatares describo supone haber superado la imposición de tal o cual género, es decir, narra sin pensar en la categoría que le impone la novela, el cuento, el aforismo, o la greguería... (Mercado, 2003: 35).

Revisando el conjunto de textos publicados por Mercado hasta la fecha, es evidente que escribe una única obra, una narración asincrónica y heteróclita, en la que los episodios se encadenan apenas por la voz narrativa que convoca, reúne y relaciona los acontecimientos. Los episodios van y vienen, se superponen, se recortan unos con otros y se vuelven un territorio de autotextualidad que semeja un tapiz.

La escritura de Tununa Mercado es un tapiz hecho de hilachas: sobre la compleja urdimbre del lenguaje y la memoria, va armando una trama de pequeños hilos, pelos, pelusas y filamentos multiformes. El tejido de minúsculos acontecimientos que relatan sus relatos muestran una nueva naturaleza: la que revela esta escritora que ha descubierto el timbre novedoso de una narración después de la modernidad.

La prosa de Tununa Mercado devela en su textura la complejidad ambigua de la poesía: a veces sencilla como una comida hecha en casa, con la sintaxis llana de una lengua de todos los días; otras, densa, sugerente y opaca como una piedra preciosa, socava el lenguaje y lo devuelve en su reverso.

A pesar de lo afirmado un poco más arriba, el más reciente de los títulos de Tununa Mercado, *Yo nunca te prometí la eternidad* (2005) muestra un giro novedoso.

so dentro de su escritura: se trata de una novela ¿es legítimo llamarla así? En ninguna parte la edición lo declara. Quizá podamos suscribir las ideas de Saer al respecto: la novela es un género que nació con *El Quijote* y terminó con *Bouvard y Pécuchet*; antes y después sólo hay narraciones”. Esta de Tununa Mercado es una narración multiforme, un álbum tal como se define en sus propias páginas; un artefacto destinado a la conservación de fotografías, manuscritos (el diario de Sonia), dactiloscritos (las cartas) y testimonios orales que pretenden dar cuenta de la historia de Pedro.

En la narración de Mercado, el pudor en el tratamiento de los materiales y densidad de la escritura alojan un relato tridimensional en el que ética, estética y política se anudan en sabias proporciones. Es curioso el efecto que produce la lectura de este texto porque llama a un reordenamiento del corpus; el lector tiene la sensación de que los libros anteriores lo prefiguran: Tununa Mercado, precursora de sí misma; luego de leer *Yo nunca te prometí la eternidad* volveremos a sus textos anteriores para leerlos con otros ojos.

El texto en cuestión

“*Cuando era chica yo copiaba*”, que puede leerse a continuación, participa del tipo de narraciones que conforman libros como *Narrar después* y *La letra de lo mínimo*; tal como declara la propia autora, se trata de textos escritos por demanda de circunstancia, a pedido de alguien. Este relato despliega la génesis de una relación con la escritura que aparece, en el comienzo, como el trabajo de un amanuense que en algún momento descubre su propia voz y se afina (sin contrato de propiedad o de pertenencia) en un territorio de la literatura.

Bibliografía

Libros de Tununa Mercado

- Mercado, Tununa. (1967) *Celebrar a la mujer como a una pascua*. Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- (1988) *Canon de alcoba*. Buenos Aires, Ada Korn.
- (1990) *En estado de memoria*. Buenos Aires, Ada Korn; (1998), Córdoba, Alción.
- (1994) *La letra de lo mínimo*. Rosario, Beatriz Viterbo.

- (1996) *La madriguera*. Buenos Aires, Tusquets.
——— (2003) *Narrar después*. Rosario, Beatriz Viterbo.
——— (2005) *Yo nunca te prometí la eternidad*. Buenos Aires, Planeta.

Bibliografía mínima sobre Tununa Mercado

- Corbata, Jorgelina. (2002) "Formas de la memoria y el exilio de dos textos de Tununa Mercado". EN: *Feminismo y escritura femenina en Latinoamérica*. Buenos Aires, Corregidor.
- Ostrov, Andrea. (2004) "Canon de alcoba: recetario para una escritura". EN: *El género al bies. Cuerpo, género y escritura en cinco narradoras latinoamericanas*. Córdoba, Alción.
- Paulinelli, María y Shaw, Enrique. (2004) "El espacio biográfico en la narrativa de Córdoba". EN: *Revista Estudios*, n° 15. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados (UNC).
- Paulinelli, María. (2005) "Los relatos de la memoria: Córdoba y la última dictadura militar". EN: *Revista Estudios*, n° 16. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados (UNC).

Otras referencias

- Zárate, Armando. (2000) *Memorial poético de Córdoba*. Córdoba, Ediciones del Fundador.